

bien cubiertos de hierro, andaban (segun su denominacion de caballeros andantes) á tontas y á locas entre una pobre chusma pedestre de gente del pueblo, que sólo tenían andrajos para rechazar los golpes. ¡Famosa procesion para hacer el primer papel en un tratado de economia política!

Con igual seguridad, aunque acibarada á vista de tantas calamidades, caminaba Lorenzo hácia su casa bajo un cielo sereno y por un país hermoso, pero con el desconsuelo de no encontrar, despues de largos trechos de una triste soledad, sino alguna sombra vagante en lugar de persona viva, ó cadáveres conducidos al hoyo sin las acostumbradas exequias ni el patético són de cantos fúnebres. Como á cosa de la mitad del camino, se paró en un bosquecillo á comer un poco de pan y fiambre de que iba provisto. De fruta tenía á su disposicion en todo lo largo del camino más de la necesaria: higos, albaricoques, ciruelas, sin más trabajo que entrar en un campo y tomarlas de las ramas, ó coger del suelo las más maduras caidas bajo el árbol; porque ademas de que el año era extraordinariamente abundante de peras y manzanas, no habia casi quien hiciese caso de ellas. Las uvas tambien eran tantas, que los racimos ocultaban las hojas, quedando á disposicion del primero que quisiese cogerlas.

Al caer el día divisó su pueblo. Aunque debía estar preparado á aquella vista, sintió no obstante un latido en su corazon. Acometiéronle de golpe mil recuerdos dolorosos y mil penosos presentimientos. Sonábale en los oídos aquel siniestro tocar á rebato que le acompañó y persiguió al huir de su país, y le afligia al mismo tiempo el mortal silencio que allí reinaba entónces. Turbóse sobremanera al desembocar en la plazuela de la iglesia; pero mayor debía ser la turbacion que experimentase al llegar al término de su viaje; pues se habia propuesto pasar á aquella casa que en tiempos más felices solia llamar de Lucia. Ahora todo lo más podia ser de Ines, y la única gracia que pedia al cielo era encontrarla viva y buena. En esa misma casa era donde tenía ánimo de hospe-

darse, conjeturando con razon que ya la suya no sería sino morada de insectos y ratones.

Para llegar, pues, á su destino sin atravesar el pueblo, tomó una senda á su espalda, la misma por donde vino en tan buena compañía aquella noche de feliz memoria en que trató de sorprender al Cura. Á cosa de la mitad estaba por una parte la viña, y por la otra la casita de Lorenzo; así que de paso podia entrar en una y otra, para ver el estado de su hacienda.

Prosiguiendo su camino, no dejaba de mirar adelante, de-



¡Hola, Antoñuelo! — le dijo, parándose delante de él.

seoso á un tiempo y temeroso de encontrar á alguno. Á pocos pasos vió, con efecto, á un hombre en cuerpo de camisa, sentado en el suelo con las espaldas apoyadas en un seto de jazmines y con apariencia de insensato. Tanto por esta como por la cara le pareció que era aquel zote de Gervasio que hubo de ser segundo testigo en la desgraciada expedicion; pero acercándose vió que era en su lugar el despierto Antoñuelo que le habia llevado. Quitándole la enfermedad el vigor del cuerpo y del espíritu, habia dejado que desarrollase en su

rostro y todos sus actos un pequeño y oculto gérmen de semejanza que tenía con su desmemoriado hermano.

— ¡Hola, Antoñuelo! — le dijo, parándose delante de él; — ¿eres tú?

Clavóle Antoñuelo los ojos en la cara sin mover la cabeza.

— ¡Antoñuelo! ¿no me conoces?

— Al que le coge, le coge, — contestó Antoñuelo, quedando luégo con la boca abierta.

— ¿Conque la tienes encima? ¡Pobre Antoñuelo! ¿Ya no me conoces?

— Á quien le coge, le coge, — replicó el pobre insensato con una necia sonrisa.

Viendo Lorenzo que nada más sacaría, pasó adelante muy contristado; cuando al volver una esquina vió venir una cosa negra, que conoció inmediatamente ser don Abundo.

Caminaba paso á paso con su baston á modo de quien lleva y es reciprocamente llevado, y á medida que se acercaba se iba advirtiendo en la palidez y flaqueza de su rostro, y en todas sus facciones, que él también había corrido su borrasca. Miraba él igualmente; le parecía, y no le parecía; notaba en el traje alguna cosa de forastero, y efectivamente era el traje del país de Bérgamo.

« No hay duda en que es él, » dijo para sí, y levantó las manos al cielo en ademan de una admiracion nada grata; y quedando suspendido en el aire el baston que tenía en la mano derecha, se veian bailar en las mangas del vestido aquellos descarnados brazos que en otro tiempo las llenaban cumplidamente. Apresuróse Lorenzo á alcanzarle, y le hizo una reverencia; pues aunque se separaron la última vez, como saben nuestros lectores, le miraba siempre como su Cura párroco.

— ¡Conque estás aquí tú! — exclamó D. Abundo.

— Aquí estoy: ya usted lo ve. ¿Se sabe algo de Lucía?

— ¿Qué quieres que sepa yo? Nada se sabe: está en Milan, digo, si todavía está en este mundo. Pero tú...

— ¿Y su madre vive?

— Puede ser; pero ¿quién quieres tú que lo sepa? No está aquí; no obstante...

— ¿Dónde se halla?

— Ha ido á vivir á Valsasina, en casa de aquellos parientes suyos de Pasturo, ya sabes. Dicen que allá la peste no hace tantos estragos como por acá. Pero... digo...

— Lo siento á la verdad. ¿Y el padre Cristóbal?

— Hace poco tiempo que marchó. Pero...

— Ya lo sabía; me lo escribieron. Preguntaba si habia vuelto por acá.

— ¡Disparate! Ya no se ha sabido más de él; pero tú...

— También es cosa que siento en el alma.

— ¿Pero tú qué vienes á hacer por acá? ¡Válgame Dios! ¿Te has olvidado de la requisitoria?

— No importa. Ahora tienen otras cosas en que pensar. En fin, he querido venir á ver cómo está mi casa. ¿Y efectivamente no se sabe?...

— ¿Qué quieres ver? Ya casi no queda nadie, ni nada. Y digo, con aquella requisitoria encima, venirse aquí, venirse á meter en la boca del lobo. ¡Vaya! ¡Qué poco juicio! Haz lo que te aconseja un viejo que tiene más experiencia que tú, y que te habla porque te estima. Atate bien los zapatos, y ántes que álguien te vea, vuélvete adónde has estado hasta ahora, y si alguno te ha visto, vuélvete más aprisa. ¿Te parece que este es buen aire para ti? ¿No sabes que vinieron y revolviéron toda tu casa?

— Demasiado lo sé: ¡qué bribones!

— Pues bien...

— Si le digo á usted que no se me da cuidado. ¿Y aquel malvado vive? ¿Está aquí?

— Te digo que no hay nadie, te digo que no pienses en las cosas de aquí, te digo que...

— Pregunto si está aquí ese malvado.

— ¡Válgame Dios! Mira cómo hablas. ¿Es posible que despues de tanto como has sufrido no te hayas moderado?

— Pero ¿está ó no está?

— Vaya ; no está. Pero ¿ y la peste, hijo mio, y la peste ?
¿ Quién en estos tiempos anda por el mundo ?

— Sino hubiese más que la peste... digo para mí, que yala he pasado, y estoy, y estoy horro.

— ¿ Pues luégo?... ¿ No son avisos estos ? Cuando se ha salido de una borrasca semejante, bien se pueden dar gracias á Dios.

— ¿ Y quién dice que yo no se las doy ?

— Y no meterse en otras. Haz, pues, lo que te digo.

— Y usted tambien, si no me engaño, la ha tenido.

— ¡ Sí, la he tenido, ! y muy fina. Estoy aquí por milagro. Basta decirte que me ha puesto como ves. Ahora era cuando necesitaba un poco de descanso para restablecerme. Ya empezaba á estar mejor... Por amor de Dios ; ¿ qué es lo que vienes á hacer aquí ? Vuélvete...

— ¿ Qué empeño tiene usted en que me vuelva ? Para volverme, más valia no haberme venido. Dice usted : ¿ á qué vienes ? ¿ á qué vienes ?... Vengo á mi casa : ¿ tiene algo de extraño ?

— ¡ Tu casa !

— Dígame usted : ¿ ha muerto aquí mucha gente ?

— ¡ Ay ! ¡ Ay ! — exclamó D. Abundo.

Y empezando por Perpétua hizo una larga enumeracion de personas y familias enteras. Bien lo recelaba Lorenzo ; pero al oír tantos nombres de conocidos, de amigos y de parientes (sus padres los habia perdido años hacia) estaba triste con la cara baja, y de cuando en cuando exclamaba :

— ¡ Pobrecillo !... ¡ pobrecilla !... ¡ pobrecillos !

— ¿ Qué te parece ? — continuó D. Abundo ; — y aún no se ha acabado. Si los que quedan no tienen juicio y no se dejan de locuras, hemos de ver el fin del mundo.

— Ya os entiendo. No tengáis cuidado, que no he de quedarme aquí.

— ¡ Gracias á Dios, ya te he convencido !

— Espero que no diga usted á nadie que me ha visto. Usted es mi párroco, yo una de sus ovejas, y no querrá venderme.

— Ya te entiendo, — dijo D. Abundo, suspirando con enfado ; — ya te entiendo ; tú te has perdido, y ahora quieres perderme á mí tambien ; ¿ no estás contento con lo que has pasado, ni te basta lo que he pasado yo ? Ya te entiendo.

Y barbotando continuó su camino.

Quedó allí Lorenzo triste y desconsolado, pensando en otro hospedaje. En la lista de los muertos que citó don Abundo, habia una familia de labradores que arrebató entera el contagio, á excepcion de un jóven de la edad de Lorenzo, y su compañero desde la niñez. La casa estaba á poca distancia fuera del pueblo, y allí determinó buscar posada.

Llegado cerca de su viña, infirió desde afuera el estado en que se hallaria. No salia por encima de la cerca ni un ramo, ni una hoja de las que él habia dejado, sino que todas eran hierbas crecidas en su ausencia. Acercóse á la entrada, que ya del portillo ni rastro siquiera habia, y echando una ojeada alrededor, exclamó : « ¡ Pobre viña ! » Durante dos inviernos consecutivos los vecinos del pueblo habian ido á hacer leña á ella. Cepas, moreras, frutales de toda especie, todo estaba arrancado, ó cortado desde el pié ; sin embargo, quedaban todavía los vestigios del antiguo cultivo : nuevos sarmientos en filas interrumpidas señalaban todavía las maltratadas ringleras, y aparecian de trecho en trecho retoños de moreras, albaricoques, perales, higueras y otros frutales ; pero ahogados y confundidos entre la espesa y enredada copia de ortigas, grama, zarzas y otras mil hierbas que los labriegos de todos los países han clasificado á su antojo con la denominacion de malas hierbas.

No se detuvo Lorenzo largo tiempo en mirar aquel destrozo, y como su casa estaba inmediata, no pudo resistirse al ansia de verla. Entró por el huerto, donde, como en la viña, crecian, en lugar de hortalizas y flores, plantas parásitas. Puso el pié en el umbral de uno de los dos cuartos bajos, y al asomarse, vió huir pavorosas con el ruido de sus pisadas, y cruzarse en varias direcciones, corpulentas ratas, notando al mismo tiempo un hedor insoportable que despedia una capa de paja

podrida y hedionda, la cual tendida por el suelo, habia servido de cama á las tropas alemanas. Dió una mirada en redor á las paredes, y las vió desconchadas, ahumadas y sucias; levantó los ojos al techo, y le halló cubierto de espesas y polvorosas telarañas.

No habia otra cosa. Salió echándose las manos al pelo, volvió por el huerto y por el mismo camino por donde habia



Copia de ortigas, grama, zarzas.

entrado, y á los pocos pasos tomó una estrecha senda á la izquierda que conducia al campo, y sin encontrar alma viviente, llegó cerca de la casilla en donde pensaba parar. Iba anocheciendo; estaba su amigo sentado en un banquillo á la puerta de su casa, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos clavados en el cielo; á manera de un hombre abatido por las desgracias, y embrutecido por la soledad. Volviéndose al oír pisadas, miró quién era, y segun lo que le pareció ver entre dos luces y las ramas, se puso de pié, y con las

manos levantadas, dijo en voz alta

— Aquí estoy solo: ¿no hice bastante ayer? Déjame en paz, que tambien en eso harás una obra de misericordia.

No sabiendo Lorenzo qué queria decir, le contestó llamándole por su nombre.

— ¡Lorenzo!... — dijo el amigo exclamando y preguntando á un tiempo.

— El mismo, — contestó Lorenzo.

Y los dos corrieron el uno hácia el otro.

— ¿Conque erestú? — dijo el amigo en cuanto estuvieron cerca. — ¡Ah! ¡cuánto me alegro de verte! ¿Quién lo creyera? Pensaba que era Pablito, el de los muertos, que no cesa de venir á molestarme para que vaya con él á enterrar. ¿Sabes que me he quedado solo, solito como un ermitaño?

— Demasiado lo sé, — dijo Lorenzo.

Y de esta manera, trocando atropelladamente expresiones de afecto, preguntas y respuestas, fueron juntos á la casilla. Aquí, sin interrumpir el coloquio, se apresuró el amigo á obsequiar á Lorenzo del mejor modo posible en aquella sorpresa, y en aquel tiempo. Puso agua al fuego para hacer la polenta (1), y dejándosela encargada á Lorenzo, se marchó diciendo:

— ¡Amigo, estoy solo!

Volvió en breve con un cantarillo de leche, un poco de carne salada y un par de rábanos, con higos y melocotones. Dispuesto todo, y volcada la polenta sobre la mesa, se sentaron los dos á ella, dándose recíprocamente las gracias, el uno por la visita, y el otro por la acogida; y al cabo de dos años de no verse, advirtieron en un momento que eran más amigos de lo que creyeron serlo cuando se veian casi todos los días, porque á los dos les habian sucedido algunas de aquellas cosas que dan á conocer qué bálamo tan precioso es la benevolencia, tanto la que se experimenta, como la que se encuentra en otros.

1. Gachas de harina de maíz bastante duras de que usan mucho los aldeanos y campesinos en la Lombardia.

Á la verdad, nadie podia ocupar en el ánimo de Lorenzo el lugar de Ines, ni consolarle por su ausencia, no sólo por el antiguo y particular afecto que le profesaba, sino tambien porque entre las cosas que deseaba aclarar, habia una de que ella sola tenía la clave. Estuvo algun tiempo dudando si ante todas cosas iria á buscarla, estando ya tan cerca; pero considerando que Ines nada podria saber de la salud de su hija, se confirmó en su primer propósito de ir en derechura á averiguarlo todo, arrostrando desde luégo tan peligrosa empresa, para traer despues la noticia á su madre. Supo tambien de su amigo muchas cosas que ignoraba, y se impuso bien de otras de que no tenía noticias exactas, no ménos acerca de las aventuras de Lucía, que respecto de las persecuciones dirigidas contra él mismo, é igualmente cómo D. Rodrigo se habia marchado, rabo entre piernas, sin que hubiese vuelto á parecer en el país, y, en fin, todo aquel conjunto de sucesos. Aprendió tambien (y no era para él negocio de poca monta) á pronunciar claramente el apellido de D. Ferrante, que aunque Ines se lo hizo escribir por su secretario, estaba de tal modo escrito, y tal explicacion le dió su intérprete de Bérgamo, que si con aquella palabra hubiese ido á buscarle á Milan, probablemente no habria encontrado quien le comprendiese, y, sin embargo, aquel era el único rastro que podia dirigirle para saber de Lucía. Por lo que toca á la justicia, pudo cerciorarse de que no era peligro muy próximo para que pudiese darle cuidado. El señor Podestá habia muerto de la peste: no se sabia cuándo enviarian un sucesor: á casi todos los esbirros se los habia llevado igualmente la trampa, y los que quedaban no estaban para pensar en cosas añejas.

Tambien Lorenzo contó á su amigo sus aventuras, recibiendo en trueque mil historias del paso de las tropas, de la peste, de los untadores y de los maleficios.

— ¡ Qué cosas tan tristes ! — prosiguió el amigo, acompañando á Lorenzo á un cuartito en lo alto, que la peste habia dejado limpio de habitantes; — cosas que jamas hubiéramos pensado ver; cosas que nos dejarán desconsolados por

toda la vida; sin embargo, se encuentra algun alivio en hablar de ellas entre amigos.

Al ser de dia ya estaban abajo los dos, y Lorenzo en ademan y disposicion de viaje con su cinto debajo de la ropa, su gran cuchillo en la faltriquera de los calzones, y en lo demas ligero y desembarazado. El lio lo dejó en poder de su huésped, diciéndole :

— Si salgo bien, si la encuentro viva, si... : basta; vuelvo por aquí, y corro á Pasturo á dar la buena noticia á la pobre Ines, y luégo... Pero si por desgracia, que Dios no quiera... entónces... no sé lo que haré, no sé dónde iré; pero seguramente por estas partes no me volveréis á ver.

Y hablando de esta manera, de pié en la puerta que daba al campo, miraba en rededor, con la cabeza levantada, la aurora de su país, que en tanto tiempo no habia visto. Anímole su amigo con vaticinios lisonjeros y palabras de esperanza. Quiso que tomase alguna provision para aquel dia, y despues de haberle acompañado largo trecho de camino, le despidió con nuevos presagios.

Tomó Lorenzo el camino poco á poco, pues sólo queria llegar aquella noche á las inmediaciones de Milan, para entrar la mañana siguiente y comenzar desde luégo sus investigaciones. No hubo novedad alguna en el viaje, ni cosa que llamase particularmente su atencion, á no ser las acostumbradas miserias y calamidades. Paróse como el dia anterior en un bosquecillo á descansar un poco y tomar algun alimento. En Monza, pasando por una tienda en que vendian panes, pidió un par de ellos para en todo caso no hallarse desprevenido. Intimidándole el tendero para que no entrase, le acercó por medio de una paleta una cazuela con agua y vinagre, diciéndole que echase en ella el dinero, y hecho esto, le dió con unas tenazas los dos panes, de los cuales metió Lorenzo uno en cada bolsillo.

Al caer de la tarde llegó á Greco sin saber su nombre; sin embargo, entre lo que aún se acordaba de los sitios, á consecuencia del viaje pasado, y el cálculo del trecho andado

desde Monza, conjeturando que debía estar muy cerca de la ciudad, salió del camino real para buscar en el campo algun cortijo ó caserío en que pasar la noche, pues ya no queria nada con hosterías. Encontró más de lo que buscaba. Vió abierta la entrada de un seto que cercaba una casería, y habiendo entrado, advirtió que la casa estaba sin gente.

En un rincon de un gran pórtico habia mucho heno amontonado y una escalera de manos. Miró várias veces alrededor,



Miró várias veces y se aventuró á subir.

y observando que nadie se presentaba, se aventuró á subir por la escalera al heno, sobre el cual, resuelto á pasar allí la noche, se quedó dormido para no despertarse hasta el alba. Al amanecer se acercó á gatas á la orilla de aquella gran cama, echó la cabeza fuera, y no viendo tampoco persona alguna, bajó por donde habia subido, se metió por caminos excusados, tomando por norte la catedral, y despues de una brevisima caminita, vino á desembocar debajo de las murallas de Milan, entre la Puerta Oriental y la Puerta Nueva, muy próximo á esta.

CAPÍTULO XXXIV

Acerca del modo de entrar en la ciudad, Lorenzo habia oido decir, así en confuso, que habia una órden rigurosísima : que á nadie era permitida la entrada sin boleta de sanidad; pero que con todo entraba fácilmente el que sabia ayudarse algun poco, y aprovechar la ocasion oportuna. Esto era cierto, y aún dejando aparte las causas generales que contribuian á que en aquel tiempo toda órden fuese poco obedecida, y sin contar las particularidades que dificultaban la rigurosa ejecucion de esta, era tal el estado de Milan, que era difícil no ver que no habia para qué guardarlas ni de quién, y que cualquiera que se aventurase á penetrar en la ciudad podia parecer más bien poco cuidadoso de su salud, que perjudicial á la de los habitantes.

Con estas noticias, el proyecto de Lorenzo era de intentar la entrada por la primera puerta á que llegase, y encontrando allí alguna dificultad, dar vuelta por afuera hasta dar con otra puerta por donde consiguiese introducirse, á sabe Dios cuántas puertas se figuraba que tendria Milan.

Llegado, pues, á vista de la muralla, se paró allí un poco, mirando en derredor, á manera del que no sabiendo adónde le convenga mejor dirigirse, parece que aguarda y pide á cualquier incidente algun indicio. Pero ni á su derecha ni á su izquierda veía otra cosa sino dos trozos de una calle torcida; al frente una parte de la muralla, y por ningun lado señal de alma viviente, sino que sólo en lo alto de un terraplen veía elevarse una densa columna de humo oscuro y craso, que saliendo se extendia formando grandes globos, y se disipaba luégo por el aire, pardo y tranquilo. Eran camas, ropas y utensilios infectos que estaban quemando; y de estas hogueras habia muchas, no sólo allí, sino en otras partes de la muralla.